

Arrebol

Rodrigo Sebastián Ibáñez



Capítulo 1

Arrebol

El arrebol marcó el momento preciso.

Los tonos naranjas, rosas, violáceos teñían el horizonte apenas por encima del pico más alto de aquella montaña. Una brisa fresca acarició sus cabellos que ondulaban con especial gracia aquella tarde de otoño.

Las pupilas, lejanas, más allá de lo evidente, surcaban universos infinitos en apenas unos segundos.

Pero había una sola idea que se quedaba con férrea tozudez. No lo podía evitar. Lo acompañaba desde hace varios años y siempre en el otoño cobraba especial vigor. No sabía por qué. Siempre lo olvidaba.

Sus labios reseco escondían las sempiternas palabras que nadie quería escuchar, incluso él.

Pero como en el universo las cosas que brillan se admiran gracias a la oscuridad, lo que se olvida resurge y destaca cuando es preciso.

Un breve instante de mortal lo apartó de su eternidad. Bajó la vista del universo y tomó, con la firmeza que su desvencijado cuerpo le permitió, el vaso que, como la montaña, resaltaba con el arrebol.

La fluidez que alguna vez supo poseer en la cabeza no tenía ahora ni un vago reflejo. Las órdenes del general ya no eran acatadas por el cuerpo del ejército. Su ejército, su cuerpo.

Las batallas (sabía) se ganan o se pierden antes de empezar, y esta parecía perdida. El sino divino se halla trazado por misteriosas manos.

Más por costumbre que por precaución olfateó el contenido y lo bebió de un solo tiro, mientras Aníbal lo alentaba desde la colina de cipreses.

Se fue adormeciendo con la serenidad de la marcha de las hormigas. Una confortable calma entumeció sus piernas y brazos al momento que sus dedos, caprichosos, se volvían nubes esponjosas imposibles de manejar.

La cara afiebrada se derretía por las mejillas y los párpados libraban su batalla mejor.

El aire farragoso fatigaba el viejo fuelle que impulsaba, lento, cansino y

titubeante el sentenciado corazón.

Como un anciano escalando a la cima de la empinada escalera, el tambor de su pecho palpitaba escalón a escalón.

El último haz de luz brilló por encima de la montaña y acarició levemente el vaso que posaba estéril junto a él.

Un arcoíris sangriento se proyectó en las pupilas y luego oscuridad, silencio, quietud, nada.